

PLAZA PUBLICA

- Satisfacción a Zubirán
- Un rector vejado

- Miguel Angel Granados Chapa

■ Hoy, cuando le sea impuesta la medalla Belisario Domínguez que le otorgó el Senado de la República, el doctor Salvador Zubirán recibirá también, con demora de casi cuatro décadas, una satisfacción de la sociedad que permitió que una turba lo vejara en abril de 1948, cuando fue injustamente echado de la rectoría de la UNAM.

Por fortuna, no es la primera vez, después de aquellos infaustos acontecimientos, que el doctor Zubirán es honrado por el mismo país donde se le ofendió. En 1968, recibió el Premio Nacional de Ciencias; desde el año anterior era profesor emérito de la Facultad de Medicina

de la Universidad Nacional, que años más tarde le confirió el doctorado *honoris causa*. Y desde 1980 es director emérito del Instituto Nacional de la Nutrición, fundado por él hace 40 años, y que desde hace cinco lleva su nombre.

Esas y otras muchas distinciones, sin embargo, estaban dedicadas al hombre de ciencia, al sabio, al organizador. En cambio, la que ahora le impondrá el Presidente de la República proviene de una consideración de mayor anchura: la de los servicios eminentes que ha prestado a la patria y a la humanidad.

Nacido en Casihuiriachic, Chihuahua, el 23 de diciembre de 1898, se graduó como médico en la Universidad Nacional el 3 de abril de 1923. Inició entonces una fructífera carrera profesional, que tuvo dos derivaciones adicionales, en la enseñanza y en el servicio público. En 1937, estudió las condiciones de la atención médica a los niños y como jefe del Departamento Autónomo de Asistencia Infantil estableció las bases del Hospital Infantil de México. En 1944 inició los trabajos para crear el Hospital de Enfermedades de la Nutrición, que dirigiría de 1946 a 1980.

Recién iniciada esa tarea, la Universidad Nacional lo reclamó para desempeñar la rectoría. Sufrió la institución una crisis, que provocó la salida del rector Genaro Fernández Mc-Gregor. Zubirán tomó posesión el 4 de marzo de 1946 y gobernó a la Universidad con mano serena y ánimo resuelto. En febrero de 1948 culminó la campaña de recolección de fondos para erigir la Ciudad Universitaria en el Pedregal y se iniciaron los trabajos. Un mes después, ante reformas que juzgó imprescindibles para elevar el nivel académico de la UNAM, y gracias a la injerencia de políticos ajenos a la institución, se desató una tormenta en cuyo ojo quedó atrapado el médico eminente. Renunció a su cargo el 17 de abril de 1948, en medio de vejaciones terribles, y un "desbordamiento de la saña colectiva de los estudiantes" que Salvador Novo calificó entonces de inaudito. Desde entonces, los mexicanos se la debíamos a Zubirán, que no era culpable sino de haber querido servir.

"En la radiografía de Salvador Zubirán —escribió otro mexicano ilustre, el doctor Ignacio Chávez— se dibujan con nitidez varios perfiles. Antes que ninguno, el del médico enamorado de su profesión en carne y hueso, y espíritu. Al lado de ese, el perfil del líder que encabeza una escuela y educa generaciones de médicos, que más tarde van a regarse por todo el país y en el extranjero. Después, el perfil del constructor y el organizador que levanta una y dos y tres veces su propio hospital modelo, que planea instituciones de salud pública y emprende campañas en favor de la nutrición del pueblo".

El instituto que lleva su nombre es mucho más hoy que un hospital, es centro vital para el estudio de un fenómeno que debiera ser una obsesión para todos, porque de la nutrición depende la clase de personas que *integrarán las generaciones* futuras. De allí que sea deseable que no se cumpla pronto esta aspiración expresada por el doctor Zubirán: "Cuando se acabe la vida, quiero que la muerte me sorprenda con la azada en la mano".